Un recuerdo inolvidable

"El da esfuerzo al cansado y multiplica las fuerzas del que no tiene ninguna" (Isaías 40:29).
Con Jesús ninguna enfermedad es incurable. Como lo dice muy bien David en el Salmo 37:5: "Encomienda a Jehová tu camino, confía en Él, y Él hará".

NUESTRO HERMANO Rhiard Salnave de la Misión Central de Haití, dedicado a tiempo completo a la obra de publicaciones, atravesó en el año 2000 por una prueba terrible.

Joven, siempre fervoroso, totalmente consagrado al trabajo misionero evangélico, Ahora bien, aquí estaba enfermo *y* desfalleciente, no podía comer ni beber, cansado hasta el punto de no poder dormir de noche ni de día. Nuestro hermano comenzó a adelgazar.

Sus amigos más cercanos le aconsejaron consultar con un médico. Rhiard nunca había visitado el médico. Cada vez que algo andaba mal en su salud, invocaba a su Dios y la curación pronto llegaba. Esta vez, nada producía efecto. Rhiard había orado mucho, pero no tenía ningún signo de curación.

Considerando los consejos recibidos, fue a consultar con el médico, pero él no le encontró nada. Le recetó algunas vitaminas y le dio la dirección de un especialista. Fue a verlo pero él tampoco le encontró nada anormal. Le dijo que no estaba enfermo. Nuestro hermano, sin embargo, sufría horriblemente.

El cuarto sábado del mes de julio, Rhiard, débil, dolorido y tembloroso, fue a la iglesia con todo el dinero que tenía. Cuando el director de la Escuela Sabática habló de las bendiciones recibidas por quienes celebraban un nuevo año, Rhiard se levantó, y puso en la caja todo el diñe ro de sus ahorros, mientras decía; «Señor, sé que según tu promesa das fuerzas a! cansado y al enfermo. Me pongo en tus manos. Soy un joven estudiante y mis proyectos futuros dependen de ti, Pero el estado de mi salud es muy crítico, porque los especialistas consultados no saben qué hacer para sanarme. Tú eres mi único médico. Tócame ahora mismo y seré sano».

Cuando Rhiard terminó su oración, se sentó tranquilamente. Se sintió reconfortado. Tuvo la impresión de que una fuerza había entrado en él. Desde aquel día, quedó sano.

Con Jesús ninguna enfermedad es incurable. Como lo dice muy bien David en el Salmo 37: 5: «Encomienda al Jehová tu camino, confía en él y él hará».

Pastor Enock Saintil
Unión de Haití

Recursos Escuela Sabática ©